



CyP

Revista Cambios y Permanencias

Publicación multi e interdisciplinar
orientada a los estudios sociales

Revista Cambios y Permanencias

Grupo de Investigación Historia, Archivística y Redes de Investigación

Vol. 10, Núm. 1, pp. 28-47 - ISSN 2027-5528

“El éxito inmaterial”

Gloria Jensen Estupiñán

Universidad
Industrial de
Santander



Grupo de
Investigación
Historia
Archivística y
Redes de
Investigación

“El éxito inmaterial”

Gloria Jensen Estupiñán

Economista de la Universidad Industrial de Santander,
Magíster en Ciencias de la Administración Pública y
Política de la Universidad de Berna y Doctora en Filosofía.

Correo electrónico: aristoteles@bluewin.ch

A Miguel Ángel

I PARTE

Había decidido archivar el caso. Después de cuatro años de intensos análisis sobre los hechos todo se traducía en inconclusiones e incongruencias. Me abatía la frustración. Por eso resolví que lo mejor sería ir a dar una caminata por el parque al frente del museo de arqueología de Ginebra; sentado allí en alguna banca, podría mirar la *Jet d' Eau* y tratar de descansar mi mente, que ya parecía estar en automático. Las campanas de la concurrida catedral de *St. Pierre* resonaban melodías encantadoras, creí escuchar, tocada por las campanas, la inconfundible canción “*no llores por mí Argentina*”, sonreí con amargura, en medio de todo había cosas bonitas en el mundo, o mejor debería decir, en este país, pensé. Mis ganas de fumar me ganaron y me adelanté a inhalar con vehemencia el purito que ya llevaba hecho. Había llegado la hora de tener que aceptarlo, mis dotes como investigador eran dudosos, parecía ser que la inspectora *Lola MacHor* tenía razón cuando afirmaba que los hombres carecían de aquello que las mujeres disfrutaban: el ver el más allá, el ver lo

inmaterial, lo pequeño. Parecía que mi mente lineal, miope y poco detallista masculina lo había arruinado todo; lo lamenté por un momento, pero mientras tanto seguí caminando más o menos de prisa para alcanzar a llegar al parque lo antes posible. Fumé y fumé varias caladas, hasta que un repentino tirón en mis pulmones me hizo desistir y parar para admirar una vez más a lo lejos la despampanante *Jet d' Eau* junto a los coloridos veleros casi estáticos sobre el lago de Ginebra. ¿Si fuese una mujer? Me pregunté; lo único que no añoraría de ser una mujer en estos momentos, concluí, sería fumar como fumamos nosotros, con ganas, no como las damas, que les falta eso que nosotros sí tenemos. Pero la realidad era otra, tan sólo era un aprendiz de investigador y no sabía ni donde estaba parado con respecto a la investigación ya hacía cuatro años asignada.

El caso me lo había designado el inspector Chaparro, mi amigo de vieja data. Para ello me había recomendado un libro cuyo título "*Método práctico para una investigación exitosa*" que, dicho sea de paso y teniendo en cuenta el estado actual de mis pesquisas, me parecía un completo disparate. Mi amigo me había abastecido con informaciones y detalles de alta confidencialidad acerca de los sucesos, sucesos que ocurrían en ese entonces en la ciudad de Basilea, la ciudad de las artistas, en donde la crema y nata de la cultura citadina son escultoras, pintoras, fotógrafas, músicas y escritoras de un relativo reconocimiento. De ahí que una de las recomendaciones favoritas para los turistas sea visitar los variopintos museos de arte, mientras un eterno observador silencioso de esta pasarela de artistas baña la ciudad de extremo a extremo, el emblemático y mundialmente famoso *río Rin*. Me pareció entonces escuchar la voz de Miguel Ángel Chaparro de nuevo y sus palabras: -"*... en Basilea Manuel, Basilea, Basilea, Manuel, Basilea...*" Lo había dicho como él casi siempre decía todo, con rapidez y repitiendo las palabras una y otra vez.

Pero Basilea no sólo es la ciudad de las artistas y del *Rin*, también es una ciudad que goza de una alta democracia representativa, debido a que la cantidad de votos populares alrededor de su centro y en su periferia son normalmente decisivos para las posteriores políticas que repercuten en todo el país. Y ahí es donde entro yo con mi "*Método práctico para una investigación exitosa*". El agua bailarina de la *Jet d' Eau* me había relajado ya lo

suficiente, debía hablar con Chaparro, él era el único que me podría ayudar, así que eché a caminar las empinadas escaleras cuesta abajo del parque; me dirigía al servicio de correos que queda sólo a unas cuantas cuadras de allí. Le escribiría a Miguel Ángel explicándole someramente mi decisión.

No pude evitar una sonrisilla al pensar en él – “... *Basilea Manuel, Basilea...*” – ¡*Método práctico para una investigación exitosa!*... ¡Menudas gilipollices querido Chaparro! - afirmé.

Mientras caminaba hacia el servicio de correos me fue imposible dejar de seguir recordando cómo había comenzado todo:

- Viajarás a Basilea Manuel, y por favor, me tienes informado de todo lo concerniente al equipo de fútbol de la ciudad... ¡es uno de los mejores de Europa!

- Miguel Ángel, sabes de sobra que el fútbol no es lo mío... ¡me aburre enormemente!... así que mejor ¡a trabajar!

Me pareció escuchar de nuevo sus risotadas.

- ¡Qué *sieso* eres querido amigo!

Acordamos aquella vez nuestras claves y códigos para comunicarnos a través de postales; si escribíamos en nuestras notas “*método*”, quería decir que todo andaba como al principio, si escribiésemos “*práctico*”, significaría que algo nuevo había ocurrido. Si por el contrario apareciera escrito “*investigación*”, querría decir que todo andaba sobre ruedas y que nada nuevo ocurría y, en el caso en el que llegáramos a escribir “*éxito*”, sería porque algo andaba mal.

Las diferencias entre mi amigo y yo no podrían ser más abismales, él, corpulento y con unas habilidades fenomenales para los deportes y las actividades de exigencia física,

mientras yo, un tipo de estatura mediana y con unas fenomenales argucias para fumar que desde mi más temprana juventud había empezado a desarrollar. Personalmente también no podíamos ser más distintos, él, un hombre jovial y risueño y yo distante y algo gruñón. Mi pelo negro junto con mis ojos castaños contrastaba con sus rubios cabellos y azules ojos y, el por qué nos convertimos en amigos es uno de esos enigmas que difícilmente se logran resolver; pero desde que éramos niños y, viajábamos recurrentemente a España, aprendimos este hermoso idioma y desde entonces decidimos hablarlo entre nosotros como una especie de ritual.

Después de enviar una postal a mi amigo caminé por las empinadas callejuelas de Ginebra. Mientras tomaba un “*café solo*” y seguía fumando escuché hablar a un grupo de obreros que compartían sus más recientes anécdotas del día; hablaban un francés como la vida misma, sin tapujos, tal cual, con aciertos y con errores y que por lo mismo me resultó precioso. Me percataba que Ginebra era la ciudad de los contrastes, en donde la extrema pobreza y la extrema riqueza se entremezclan sin protestar, se dicen hola en la mañana y adiós en la noche y conviven sin mirarse la una a la otra. Seguí caminando las calles ginebrinas, el sudor que empapaba mis sienes y mi pelo pegajoso a causa del calor y, del roce con mi eterno sombrero gris de investigador, me hizo detenerme un momento; no pude evitar verme reflejado en una de las tantas vitrinas callejeras, aún continuaba siendo un hombre guapo en la mitad de los treinta, a pesar de una incipiente barriga que ni el tabaco ni tímidas caminatas por las exigentes calles de Ginebra habían logrado disipar. Sin embargo, algo en mí había cambiado, había un rictus extraño en mi rostro, era el rictus del fracaso.

Volví a escuchar las campanas y con ellas “*no llores por mí Argentina*”, me dije a mi mismo: - Está bien, no lloraré más por ti querido caso, tomaré una ducha y volveré a repasar lo que hasta ahora sé... mientras tanto esperaré las respectivas indicaciones de Chaparrito...

Unos minutos después, sentado frente al escritorio de mi habitación, leía de nuevo el primer informe que por primera vez había escrutado hacía cuatro años atrás, informe que recibí de la mano de Miguel Ángel y que había sido elaborado unos días antes por la unidad investigativa del Gobierno para la que mi amigo trabajaba:

Basilea Campiña, marzo 01 del 2012

Objeto: Intervención inmediata en las campañas preelectorales del partido social. Servicio de Inteligencia y Análisis del Cantón Basilea y Basilea campiña.

Inspectores: S. Bahn y Compañía.

Referencia: 4598LX-57

“Se acercan las elecciones para los nuevos presidentes de la cámara de concejales de la Ciudad de Basilea y del Cantón de Basilea Campiña. Como lo es el protocolo, los partidos que llevan la delantera para esta temporada son el social, el social del pueblo y el verde; los tres partidos disputándose la misma cantidad de escaños que hace años se disputan. Nosotros, como unidad investigativa y política de este cantón, hemos estado investigando el entorno en el que se realizan las reuniones preelectorales que se han ido llevando a cabo en los últimos meses. Nuestra preocupación recae en que se han ido detectando la intromisión de actores que parecen estar asociados con otras entidades al margen de los intereses políticos que como nación debemos preservar. Hemos observado que especialmente en las reuniones del partido social un creciente número de feministas, hombres y mujeres la mayoría de ellos jóvenes, hacen acto de presencia incitando a tocar temas sobre el feminismo y su contenido, sobre todo de forma política y lo que es aún peor, incitando a introducir este contenido en los temas de la Agenda política para los próximos ganadores. Estos actos están al margen y deben continuar al margen de los intereses tanto cantonales como municipales. Hacemos un llamado a todos los integrantes del servicio investigativo de este gobierno para apoyar la intervención de parte nuestra en este tipo de conductas. Con la intención de corregir y si se puede, impedir que se ejerzan este tipo de actos en el espacio pre y electoral. El interés de nosotros en controlar la inclusión del feminismo en la arena política de nuestro país es para beneficio de nuestra democracia representativa y sobre todo de la economía en Auge de nuestra nación. Toda vez que este tipo de prácticas nos acarrea costos incalculables para nuestras y nuestros ciudadanos y va en detrimento de nuestra constitución y reglamentos cantonales [...]”.

Lo había leído en un café por primera vez sentado al frente del inspector. En aquella oportunidad protesté, pero la verdad no me quedaba otro remedio que aceptar el cargo pues, aunque los periódicos digan lo contrario, el paro de extranjeros en este país es bastante alto; así que mi amigo en esa oportunidad y como siempre, era mi salvación, o como comúnmente yo le llamaba, mi ángel de la guarda. Miguel Ángel deseaba que yo me hiciera cargo, ya que, según él, mis dotes para acceder rápidamente a la confianza de las personas eran infalibles.

- ¿No lo estarás diciendo por la cara de gruñón que tengo, verdad?

Su risilla socarrona fue su respuesta.

-Y tú ¿qué coño crees que haré entre feministas Miguel Ángel? ¿No son acaso estas tías las que hablan, hablan y hablan y, como si esto no fuera suficiente, odian a los hombres?

- Bueno, puedes ofrecerles un cigarrillo detrás del otro, recuerda que actualmente el 97% de las mujeres de aquí son chimeneas andariegas. Además, tienes que hacerte “*el gilipolla*”, tú no entiendes los diferentes dialectos de esta nación bien, son muy complicados para ti... así que no estás entendiendo ni “*estación*”.

Seguía riendo como el niño que ya hacía tantos años antes había conocido.

- Pero el dialecto de Basilea es el más bonito de todos los del país y el más parecido a nuestro idioma...

- No importa, apáñatelas, di que entiendes bien el francés, aunque tu idioma materno sea el alemán, y que por eso tus capacidades mentales para un cuarto idioma ya están más que colapsadas.

Esta vez su risa se había transformado en una carcajada.

- ¡Gracias por el cumplido! – Concluí sin ánimo.

Unos días después me encontraba en Basilea disfrutando de la agradable compañía de feministas. Tengo que aceptar que al principio la idea me resultó una completa

desfachatez, las reuniones por regla general casi siempre se extendían hasta más allá de la media noche, el cigarrillo y la cerveza eran unas constantes y las personas, tanto hombres como mujeres, me parecían un grupo de desadaptados sociales que, con la excusa del feminismo y la política, bebían y fumaban hasta la saciedad. La verdad no entendía por qué el gobierno le tenía tanto miedo al feminismo, a mí me parecía que éste en cambio, coincidía con las reglas que a las altas esferas del poder le convenían mantener, deductivamente hablando, el consumo de drogas y de esta manera asegurar más y más dinero circulante en la pujante economía del país.

A través de las indicaciones de Chaparro, la noche de mi llegada me entrevisté con el contacto que me llevaría hasta los y las feministas. Se trataba de una mujer entrada en años, envidiablemente sagaz, así como también políglota, quien correspondía al nombre de Dorothea Navarrete. Ella trabajaba para varios servicios de inteligencia y, aunque no era alemana, hablaba un alemán casi perfecto y se movía como pez en el agua en muchos ámbitos y grupos de poder de la ciudad. Había viajado por todo el mundo durante su juventud, vivido en muchas ciudades europeas en donde trabajó como periodista y crítica de arte y, hacía algo así como veinte años, habría de instalarse para siempre en Basilea, sin por esto llegar a olvidar a su natal Cartagena de Indias. Esta mujer fue quien me llevo por primera vez a una reunión feminista, la primera de muchas otras más.

Como les parecería lógico a estos jóvenes, aunque no lo sea, la reunión tuvo lugar en un bar. Al llegar al lugar, desplegué mi mejor sonrisa ante los participantes para intentar parecer menos alemán. Cinco eran las personas que se encontraban en la mesa, dos hombres y tres mujeres, dos de ellas alemanas, por lo cual, por aquello del patriotismo me resultaron inmediatamente simpáticas y, valga decir que en los hombres ni siquiera reparé. No obstante, fue justamente la tercera mujer la que me abordó y lo hizo como a todo y a toda extranjera y extranjero en este país le corresponde ser abordado y abordada. Con una sonrisa me preguntó:

- ¿Hablas el dialecto de Basilea?

Fingí otra sonrisa y contesté...

- ¡No, soy un alemán! - Pero la respuesta en contra de ser amable pareció un saludo militar.

Casi que de inmediato la mujer contacto, Dorothea, se sumó a nosotros y con mucho tacto y pericia fue llevando la conversación por buen camino, abonándome el terreno para que así rápidamente ganara la confianza del grupo. Me presenté como un doctor en leyes que se interesaba por el fenómeno feminista y la cabida de éste en las diferentes constituciones del mundo. No tardé mucho tiempo en ganarme la confianza de ellas y de ellos y, la de las posteriores personas que fui conociendo a medida que iba siendo considerado uno más en las tertulias que esa primavera, verano y otoño se llevaron a cabo.

II PARTE

Los días y las semanas pasaban, iba recolectando minuciosamente toda información que creía interesante para mi amigo, pero el contenido de mis informes me resultaba sin desparpajo, no encontraba el núcleo del asunto, todas las conversaciones me parecían normales y por qué no decirlo, hasta angelicales, como me lo parecía Chaparro. Seguía sin entender cuál era el problema detrás del feminismo, a qué le tenía tanto miedo el gobierno y qué de esta filosofía política querían ocultar. Por el contrario, y para mi sorpresa comencé a percibir sutiles cambios en mí, mi aspecto de cascarrabias empedernido se fue suavizando y lo que antes me resultaba completamente pueril tomó de repente espacio en mi vida cotidiana; hacía deporte, frecuentaba museos y para mi total asombro hasta terminé siendo espectador de uno que otro partido de fútbol en vivo. Pero sabía que mis informes eran insulsos y que más temprano que tarde recibiría noticias del gobierno. Chocaba con

sentimientos ambivalentes constantemente, no quería abandonar el caso pues era justamente a Miguel Ángel Chaparro a quien yo finalmente representaba.

Un día de sol irritante hasta una imposible descripción, fui invitado a un asado en donde se reunirían feministas y políticos del *partido social*. Desde el inicio y hasta el final la velada no pudo haber estado más cargada de contradicciones, ya sea por el calor sin estribos o por mi afán en no perderme el más mínimo detalle de la tertulia o por qué no aceptarlo, a causa de mi felicidad repentina, quería olvidarme del bendito caso y solamente pensar en disfrutar el momento; echarme un chapuzón en el *río Rin*, o enfriar mi piel en alguna piscina de alguna casa campestre y alcoholizarme hasta el cansancio, me eran tareas mucho más divertidas; comenzaba a comportarme como un chaval.

Pero muy al contrario de todas las reuniones anteriores, ésta fue intensamente política. Como suele suceder en estos debates, la crispación y las emociones por las recurrentes diferencias en las opiniones de los participantes, hizo que salieran a la superficie detalles ocultos que en un estado apacible de ánimo nunca se dirían. Muchos de los tópicos que se comentaron allí podrían haber sido parte de mi investigación, pero para ese entonces el alcohol había hecho estragos en todas mis células anatómicas, impidiéndome realizar bien mi trabajo. A temor de que se infringiera la regla, la madrugada llegó pronto y las personas también afectadas por el alcohol y el cansancio fueron tomando sus respectivos caminos y escabulléndose por entre los árboles oscuros. Yo, junto a dos mujeres feministas, fui el último en salir de la casa campestre camuflada a las afueras de la ciudad en donde se había festejado el debate.

Seguimos caminando sin rumbo, puesto que en pocas horas apenas amanecería, no encontraríamos ningún medio de transporte que nos acercara a la ciudad, pero en cambio si encontramos por suerte en la primera esquina el último bar que podría haber estado abierto y, en donde terminamos de atiborrar nuestros cuerpos de alcohol. De ahí en adelante todo sucedió muy rápido, recuerdo que caminaba alegremente por las calles junto a las feministas y de un momento a otro éstas desaparecieron. A pesar de mi alcoholizado estado

una especie de instinto animal me obligó a acelerar el paso, no tuve que caminar mucho, pocos minutos después una persona enmascarada me atacó por la espalda golpeando mi cabeza con rudeza y obligándome a mirarle de frente; en segundos golpeaba también mis brazos que acertadamente había colocado yo, no sé en qué momento, alrededor de mi rostro. No podría afirmar que se trataba de un hombre, tampoco podría decir que, de una mujer, pero era una persona lo suficientemente fuerte para dar un buen apaleamiento a cualquiera. Quedé unos segundos inconsciente y de repente escuché una voz femenina:

- ¡Hoy celebramos el día nacional de nuestro país, los alemanes que juegan dobles juegos no son bienvenidos aquí!

Todo daba vueltas a mi alrededor y mis ojos castaños no acertaban a ver nada con precisión, me pareció ver a lo lejos un coche patrullero de la policía y posteriormente personas corriendo. Intenté incorporarme lo más pronto que me fue posible. Para cuando el coche pasaba al frente mío, estaba yo de pie y limpiándome de las ropas el sucio del suelo. Dentro del patrullero me miraron con detenimiento, yo alcé una mano en señal de saludo y les dije:

- Todo está bien, todo está bien, fue sólo una caída.

Los dos hombres asintieron con la cabeza y continuaron la marcha.

Todavía hoy me sigo preguntando cómo pude llegar aquella vez a mi apartamento de entonces, lo poco que recuerdo es que fueron las calles desiertas de Basilea mis únicas compañeras en esa travesía. También recuerdo que en lo primero que pensé al entrar en mi alcoba fue en una postal con la palabra “*éxito*”. Dos días después Miguel Ángel me estaba visitando.

III PARTE

- Lo lamento Miguel Ángel... soy un gilipolla.
- ¡Joder Manuel, estas feministas tendrían que avergonzarse! ¡Aparte de feministas son racistas! ¡De no ser por los patrulleros te hubieran podido matar!... Nos tienen manía simplemente porque nosotros los alemanes somos los mejores en todo lo que hacemos. Habría que empezar otra investigación en la que tú te encargarías de averiguar quién fue...
- Una de las feministas o de los feministas... supongo...
- ¿Pero acaso no dices que era una voz de fémina? ¿No reconociste su voz?
- No, todo pasó muy rápido... pudo también haber sido un hombre que estaba con una mujer... o con varias...
- Manuel, has estado saliendo con esas chicas como si estuvieras cumpliendo citas de enamorado... tal vez en alguna de esas has hablado más de la cuenta y....

Sentí un ligero rubor en mis mejillas y respondí:

- No Miguel, no puede ser, no puede ser... no sé cómo ha sucedido... tú sabes que soy muy profesional.
- Hablaré con los de arriba y tan pronto pueda te enviaré una postal...
- Gracias.
- Hay algo que también quiero decirte Manuel, Dorothea ha estado al pendiente de todas las reuniones a las que has asistido, te ha estado espiando por seguridad, hablaré con ella, tal vez ella sepa algo...

Palidecí, si Dorothea había estado espiando mis reuniones, esto quería decir que sabía de mis salidas con las chicas feministas, de mis idas a verlas jugar al fútbol en el equipo femenino de Basilea o de nuestras escapadas a pasear en balsa por el *río Rin*. Realmente no me estaba comportando tan profesional como lo profesaba, para mi tranquilidad Miguel Ángel continuó...

- Sigue yendo a las reuniones como si nada pasara, mientras tanto pensaremos en la estrategia necesaria...

Le respondí con un acobardado sí.

- Por cierto, te ves muy “*pizpireto*”, has mejorado un poco tu estilo desaliñado.
- ¡No me toques los cojones Miguelito!, ¡no estoy para esas pequeñeces!
- Bueno, pensé que te estabas vistiendo ahora de esa manera para impresionar a las chicas... lo importante es que no te enamores de ninguna de estas “*bandoleras*” porque entonces sí que tenemos un problemilla más aquí en “*Basilea Manuel, Basilea*”.

Terminó como de costumbre su frase con una carcajada.

Por mucho que me costara consentirlo, Miguel Ángel era un ser con habilidades telepáticas y paranormales, siempre me había parecido algo así como un extraterrestre con una inteligencia superior, esa persona que lo sabe todo antes que los sepan los demás; sentí por sus palabras que él se daba perfectamente cuenta de lo que me pasaba. Pero no dije nada, solamente abracé con cariño su esbelta musculatura. Minutos después nos despedimos.

El otoño llegó pronto envolviéndolo todo con su atmósfera de soledad y retiro; el periodo de elecciones pasó y para fortuna del gobierno, *el partido social* perdió todos sus escaños tanto en la cámara de la ciudad como de la campaña de Basilea. No obstante, en el resto del país tuvieron más éxito. Mis para entonces amigas feministas abandonaban de esta forma sus aspiraciones de ocupar el excelentísimo puesto como concejales. Y yo supe que el momento de retirarme del caso había llegado. Chaparro no tardaría en enviarme una postal con la alegre noticia del triunfo, es decir, de su triunfo que para mí resultaba un fracaso, ya que no tendría ninguna otra justificación para volver a ver a las feministas.

Como lo había yo pronosticado, a los pocos días recibía una postal. Apenas la tuve en mis manos me alegré pensando que leería las letras del inspector, pero la caligrafía era de mi mujer, la cual me había abandonado el invierno pasado con la disculpa de ir a visitar a *su padre y a su madre* en Alemania. Me escribía para pedirme más tiempo, me decía que estaba confundida y que definitivamente estaba pensando en acabar con nuestro matrimonio.

- ¡Menuda mierda, ahora me quedé sin mujer! - Exclamé perdiendo por completo la compostura.

Tomé con las manos temblorosas una copa de *Whisky en las rocas*, bebí un trago detrás del otro y con rapidez seleccioné una de las postales que yacían en mi escritorio y escribí "*Te puedes ir a la mismísima mierda*". Corrí por las calles como si estuviera escapando de un incendio, llegué al servicio de correos más cercano y envié la postal. Sentí como si me hubiera quitado de encima el peso más desesperante que en mi vida hubiera podido soportar, no quería volver a saber de ella, ni de sus confusiones ni de sus necesidades de tiempo. Estaba harto de todo y estaba harto de no saber quién o quienes me habían golpeado esa noche. Aunque me doliera, mis sospechas recaían en las feministas, ¿pero por qué me habían atacado? ¿O por qué lo habían mandado a hacer?

La entrevista con Miguel Ángel tuvo lugar unos días después en un café en el sector conocido con el nombre de la "*pequeña Basilea*", un lugar con copiosos bagajes multiculturales y en donde se puede escuchar hablar todos los idiomas del mundo; podría ser comparado con una plaza de mercado de algún país suramericano.

El semblante sonriente de mi amigo no podía ser más contagioso.

- ¡Ganamos Manu! Casi todos los escaños se los llevaron los del *partido social del pueblo*, adiós a los del *partido social* y sus feministas. Este país es de derechas, no de tibios como los del *partido social* que ni son de derechas ni son de izquierdas.

Con sorna le dije:

- Pero estuvimos a punto de ganar Miguel Ángel...
- ¡Joder Manuelito!, ¡no estarás insinuando que ahora eres feminista!

Yo por mi parte sólo le miré sonreír.

- ¡Ah, por cierto, hablé con Dorothea!

Noté como los latidos de mi corazón se aceleraban.

- Dice que a ella le resulta imposible que las feministas se hayan pillado nuestra intervención, ella ha estado al tanto de todo y ha hablado con muchas de ellas en los últimos meses y no tiene ni un indicio de que sepan algo.
- ¿No te dijo nada más?
- No...
- ¿Estás seguro?
- Ah sí, también me dijo que tú habías hecho un trabajo excelente... que eras muy educado y que a todas y a todos les impresionaste con tus conocimientos sobre leyes internacionales...
- Y... ¿algo más?
- No querido amigo, la verdad no entiendo por qué fuiste atacado, según Dorothea no hay razones lógicas... creo que tendrás que seguir investigando por ti mismo.
- ¿Aquí acaba nuestro trabajo Chaparro?
- Sí, aquí termina nuestra luna de miel en "*Basilea Manu, Basilea*". A final del mes encontrarás el dinero acordado en tu cuenta bancaria. Fue como siempre un placer trabajar contigo.

Y entonces apretó mi mano con su mano y con el imputo que a diario le caracterizaba.

IV PARTE

Había decidido archivar el caso. Después de cuatro años de intensos análisis sobre los hechos todo se traducía en inconclusiones e incongruencias. Tan sólo unos cuantos días

después de mi última visita a la “*pequeña Basilea*”, lugar en donde había estado tantas veces con mis feministas y en donde había tenido por primera vez una charla muy simpática con Dorothea sobre su apasionante vida y sus milagros, regresaba a Ginebra. Continúe trabajando como asistente en la oficina de abogados de derecho internacional humanitario; muy pronto mi vida volvió a la monotonía de siempre, redactar cartas en alemán, atender pequeños casos sobre asilos políticos de extranjeros analfabetas y, escuchar de vez en cuando “*no llores por mí Argentina*”. A las feministas las había vuelto a ver en algunas manifestaciones políticas a las que posteriormente fui invitado, pero habíamos pactado no volver hablarnos como antes, simplemente saludarnos y tal vez darnos la mano.

Me seguía sintiendo en deuda con Dorothea por haberme instruido aquella noche en la “*pequeña Basilea*” y, por su deferencia en haber hablado maravillas sobre mí. Todos estos años la vergüenza me había impedido hablar con ella, pero ahora que el tiempo hacía ver todo distante, habíamos acordado una cita que cumpliría en las horas de la tarde. Luego de haber leído de nuevo el primer informe sobre el *partido social*, me disponía a encontrarla en el frondoso parque de *Plainpalais*, aquel que rodea por todos sus bordes la rosada y legendaria universidad de Ginebra, haciendo de esta universidad un palacio encantado en medio de fornidos árboles. Después de un rato de escucharnos el uno a la otra, Dorothea afirmaba...

- ¡Ustedes los hombres son unos ciegos, no ven los detalles, lo pequeño!

Asombrado reaccioné:

- ¡No me digas que también lees la saga policial de *Lola Machor*!...
- No Manuel, no la leo, soy ya una vieja que prefiere vivir sus propias realidades que las fantasías de otras...
- Dorothea por más de que he revisado una y otra vez todo lo sucedido, no logro llegar a ninguna conclusión. No me atrevo a inculpar a ninguna de esas chicas o de esos chicos.
- Manuel deja de estar haciendo el papel del buen profesional que siempre has sido, te estoy hablando de la feminista, con la que jugabas al *frisbee* en las

praderas del *Rin*, visitabas a plena luz del sol museos de arte y paseabas en balsa en el crepúsculo.

A pesar de que me sonrojé, contesté:

- Entonces... ¿tú también crees que fue ella?
- ¡Claro que fue ella Manuel!, ¡claro que fue ella!

Con incredulidad le pregunté:

- ¿Y por qué lo sabes?
- ¡Pues porque estaba enamorada de ti!
- ¿Pero qué coño estás diciendo?
- Estoy hablando de la forma en que te miraba aquella noche en el bar, ¿crees que esas cosas a una mujer como yo le pasan desapercibidas? Estoy hablando de que justamente al día siguiente en que tú y yo nos conocimos y ustedes se conocieron, nosotras nos encontramos en una manifestación feminista en el centro de la ciudad, fue entonces que, con un sonrojo en sus mejillas y un brillo especial en sus ojos, me dijo que habías pasado la noche con ella y me preguntó cosas sobre ti.
- ¿Qué cosas?
- Me preguntó que si estabas casado... yo le respondí que no te conocía bien, que no lo sabía, a fin de cuentas, era la verdad. Me dijo en aquella oportunidad que lo averiguaría... Perdóname, pero todos estos detalles son de una mujer enamorada.

Me había quedado sin habla, pero Dorothea continuó:

- Manuel, ¿puedo saber por qué no le dijiste que estabas casado?

Carraspeé y tomé aire antes de continuar:

- Porque mi ex mujer me había dejado, de hecho, hace cuatro años que nos divorciamos.
- Perdón por el atrevimiento, ¿pero por qué te dejo?
- Porque ganaba mucho más dinero que yo, después de siete años de matrimonio no lograba alcanzarla, solamente he podido tener estos trabajos esporádicos y

ser un simple asistente en un bufete de abogados. Y naturalmente ni pensar en hijos en un país donde tenerlos significa ser un millonario.

- Lo lamento.
- No lo lamentos, ahora soy mucho más feliz.
- ¡Pero sí que tienes cara de cascarrabias! Perdón de nuevo por el atrevimiento, pero feliz no te ves.
- Nunca he dejado de pensar en la feminista. Después de esa noche nos vimos unas cuantas noches más, pero al poco tiempo me dijo que la olvidara, que ella realmente no estaba interesada en mí... me sentí aliviado ¿sabes?... yo fui un hijo de puta, era un espía en su bando, le había mentado y lo peor era que por lealtad a mi amigo no podía dejar de hacerlo y.... porque quería el dinero y mi comodidad... Sé que políticamente no es correcto decirlo Dorothea, pero el verdadero villano de esta historia soy yo... Alguien se enmascaró para golpearme, pero yo estuve enmascarado todo el tiempo frente a ella.
- Todos y todas en este cuento somos villanos y villanas Manuel, representamos a cabalidad nuestros propios intereses... me pregunto... ¿por qué y aun así la defiendes?
- Le prometí que la olvidaría pero que a cambio habría un pequeño chantaje... ella tendría que explicarme todo acerca del feminismo... aceptó encantada... ¿si vieras?, ¡aprendí tanto de ella!... muy pronto me enamoré de su aguda inteligencia, de sus análisis deontológicos sobre el inmoral sistema capitalista... de sus reflexiones sobre la estética y la antiestética del empirismo en un mundo que cataloga a las almas como los fuertes y las débiles; no viendo que las mujeres también son almas que trabajan escondidas bajo los conceptos de familia, procreación y sexualidad, restringiéndolas así a simples artefactos estéticos o antiestéticos que se pueden experimentar a través de la ilusión del espacio y del tiempo... rechazando que los animales también son almas... podría hablarte horas sobre el feminismo, pero creo que te aburriría...
- ¡Qué kantiano! ¿Te acuerdas Manuel que antes de entrar al bar aquella noche, te dije que te presentaría a una mujer que te iba a impresionar?

- ¡Claro, cómo olvidarlo!... ¡pero no pensé que tanto!
- ¿Sabes?... Después de que hablamos en aquella manifestación, ella se alejó de mí... no entendí por qué, pero ahora que me cuentas esto, lo veo muy claro...
- ¿Qué ves?
- Veo que averiguó todo sobre ti, afortunadamente no supo que eras un espía, como sólo eres un intermediario del inspector Chaparro y no trabajas para el gobierno, eres una incógnita.
- ¿Cómo sabes todo esto?
- Pues porque veo el más allá, lo inmaterial...
- ¡Joder Dorothea!, ¿estás segura que no has leído la saga policial de *Lola Machor*?
- Ni la conozco...
- Me perdonarás tú ahora Dorothea, pero si ella no sabía que yo era un espía, ¿por qué la paliza?
- Manuel... una mujer locamente enamorada y que se sienta burlada es temeraria.
- ¡Menudo fracaso!
- No lo veas así, al final tú y el inspector Chaparro ganaron.
- Pero yo no quería eso, yo quería a las feministas...
- ¡Y a la feminista!

Y así es como Dorothea con una sonrisa concluye lo que no me atrevía a decir hacía cuatro años.

Caminamos unos minutos más por el parque *Plainpalais* disfrutando de su frondosidad y brisa suave. El acento en alemán de Dorothea me resultaba simpático, me recordaba a esa Cartagena de Indias que hacía décadas atrás había visitado cuando era niño. La brisa del parque me recordó la brisa marina de sus costas, su calor, el hechizo de sus calles, mis escapadas en las noches para comer patatas con la infaltable salsa de tomate al frente del mar salvaje cartagenero, mientras a mi querido y entonces pequeño amiguito Chaparro se le congelaban los cojones en Alemania.

Junto a Dorothea Navarrete volvía a sonreír placenteramente con el recuerdo de mi niñez en aquella lejana ciudad. Pronto nos encontramos al frente del colosal teatro de Ginebra, nos despedimos con un abrazo interminable no queriendo despedirnos, como cuando una madre y su hijo se despiden presintiendo que no se volverán a ver. De regreso a la catedral de *St. Pierre* y a mi apartamento que queda al lado, pensé en escribir de nuevo una postal a Miguel Ángel con dos palabras “*caso resuelto*” y, de esta forma enmendar la que le había enviado en las horas de la mañana también con dos palabras “*éxito y abandono*”. Cuando me disponía a tomar el ascensor para subir al cuarto piso, una voz femenina me habló:

- *Bonsoir Monsieur Kunt...* tiene usted una nueva postal de Alemania.
- *Merci Madame...* espero que no sea de mi adorada ex esposa.

La amable señora me sonrió mientras yo tomaba la postal de su mano despidiéndose con un alegre...

- *Si'l vous plaît.*

Miré con desdén lo escrito, pero pronto reconocí las letras de mi amigo:

“Para Manu... No me has vuelto a escribir querido amigo, espero que estés bien en Ginebra... un consejo: el éxito es relativo, lo importante es vivir. Cariñosos saludos, Chaparro”.

FIN

Notas:

- Este cuento mezcla realidad con ficción, pero se basa en hechos reales. El ambiente político que se describe corresponde a la realidad de un país europeo, pero no todo lo que se dice al respecto es real.
- Sin los aportes de varias feministas este relato no sería posible: un agradecimiento a todas ellas.

Telón de fondo de los Protagonistas:

Miguel Ángel Chaparro: Encarna un alemán empático de origen español que trabaja para un gobierno de un país extranjero en un cargo medio.

Manuel Kunt: Un alemán que vive como extranjero en un país en donde los alemanes no se han logrado integrar del todo.

Dorothea Navarrete: Una inteligente mujer colombiana.

La ex mujer de Manuel: Una mujer insatisfecha en su matrimonio.

S. Bahn y Compañía: Representa las altas esferas del poder de un país en auge.

La Feminista: Una revolucionaria oriunda de un país cuyo gobierno rechaza el feminismo, aunque dicho gobierno, de dientes para afuera, difunda en *sus leyes* la democracia representativa o, valga la redundancia, democracia incluyente.